



A0861

11/01/2000

DISCURSO DEL PRESIDENTE DEL GOBIERNO, JOSÉ MARÍA AZNAR, EN LA INAUGURACIÓN DE LAS JORNADAS *EUROPA EN LA ECONOMÍA DE INTERNET*

Madrid, 11-01-2000

Muy buenos días, señoras y señores,

Quiero felicitar, en primer lugar, a los organizadores de esta reunión y de esta Cumbre, que siempre es muy necesaria y oportuna y, desde luego, en el día de hoy la oportunidad es todavía mayor, si cabe. No hace falta ni siquiera decir por qué; pero a una necesidad y a una conveniencia siempre se le une un gran sentido de la oportunidad o de la coincidencia, en todo caso. Felicidades por ello.

Hace pocas semanas tuve la satisfacción de participar aquí, en Madrid, en la presentación de la Iniciativa Estratégica Info-XXI, la Sociedad de la Información para todos. En ese acto queríamos sentar las bases para una rápida incorporación de España a la Sociedad de la Información.

No es un trabajo para nosotros que comience ahora. A lo largo de los últimos cuatro años, el Gobierno español se ha esforzado en la eliminación de los obstáculos más importantes que frenaban el progreso de nuestro país en este campo; se ha avanzado con decisión en la liberalización del mercado de las telecomunicaciones y se ha impulsado la inversión en las infraestructuras más modernas.

El resultado es que España se sitúa ahí en la cabeza de las naciones europeas más liberalizadas con un adelanto de años respecto de los calendarios previstos anteriormente, tanto en España, como en la Unión Europea. La sistemática reducción de las tarifas y, en consecuencia, el más fácil acceso a las telecomunicaciones está siendo hoy en nuestro país una realidad.

Ahora bien, sabíamos que nos quedaba mucho por hacer y por eso nos propusimos elaborar una Iniciativa Estratégica que reuniese todas las tareas que desde cualquier parte de la Administración estaban pendientes de abordar. No voy a glosar aquí esta Iniciativa que muchos de ustedes ya conocen; pero sí quiero dejar constancia de que existe una serie de objetivos nacionales convenientemente sistematizados, que impregnarán la labor del Gobierno durante los próximos años.

Soy consciente de que el salto pleno hacia la Sociedad de la Información es un reto que no cabe en los estrechos límites de una nación. Permítanme decirlo con una metáfora: si

hay algo que Europa ha sabido hacer, eso ha sido precisamente navegar. No hablo de la historia reciente, sino hablo de los comienzos de la Europa moderna, de todo lo que diseminó y aprendió navegando por mares muy distintos a éstos de Internet; hablo de todas las manifestaciones sucesivas de modernidad que Europa desde entonces fue convirtiendo en sus propias tradiciones; hablo que todo lo que Europa alentó, inspiró y expandió; hablo de todo cuanto creó y todo cuanto asimiló, navegando y abriéndose, para enseñar lo suyo y para abrirse a los demás.

Yo creo que Europa tiene que hacer lo mismo ahora. Después de todo, pasados algunos siglos, la situación de hoy tiene similitudes con aquella y no me parece que deba inquietarnos esa nueva travesía; al contrario, estamos en un momento muy propicio para emprenderla.

Como europeo, yo creo que los mejores días de Europa están por delante de nosotros y están todavía por llegar. Como español, sé que en política fijar la mirada en el pasado puede resultar estéril y frustrante.

Yo deseo y quiero una Europa más dinámica, más competitiva y más segura de sí misma; una Europa que no tema a las nuevas tecnologías, sino que las impulse y que esté en cabeza de la innovación; una Europa que no rehuya la apertura ni la competencia con otras áreas económicas, sino que sea capaz de tomar el liderazgo hacia la apertura de los mercados y del libre comercio; que no tema las transformaciones sociales, sino que esté dispuesta a modernizar sus sistemas de solidaridad para permitir su adaptación a las nuevas realidades.

Y no nos podemos llamar a engaño, porque ante nosotros se abre un profundo debate: el que enfrenta a quienes quieren responder a las transformaciones que está experimentando Europa, desde la defensa de intereses muy concretos, la parálisis y el aislamiento, con quienes, ante estos retos, defendemos la vía de la apertura y de las reformas. Afortunadamente, este impulso reformista está ganando hoy terreno en toda Europa.

Yo soy optimista sobre el futuro de España y de Europa, y creo que la primera década del euro puede significar un largo ciclo de expansión y de dinamismo; pero, para hacerlo posible, debemos fijarnos de nuevo grandes objetivos para los próximos diez años.

Yo creo en una Unión Europea ampliada a las nuevas democracias europeas y en la que el euro tiene que ser, y sea, un instrumento y un factor de progreso; una Europa reforzada que constituya y espacio consolidado de libertad, de seguridad y de justicia, y una Unión socialmente cohesionada en la que el pleno empleo sea la mejor garantía de la integración social.

Al igual que hace diez años nuestra aspiración fue la adopción del euro, hoy creo que éstos deben ser nuestros objetivos de cara al futuro y debemos en mi opinión, y me importa mucho decirlo aquí esta mañana, plantearnos hoy en Europa un profundo y ambicioso proceso de reformas económicas, proceso que, en mi opinión, ha de tener tres grandes objetivos.

El primero es el desarrollo de una Unión Europea socialmente más conexiada. Creo firmemente que el empleo debe ser el cimiento último de la cohesión social, y por eso quiero una sociedad en la que haya más puestos de trabajo. Llamémosles a las cosas por su nombre: quiero la España y la Europa del pleno empleo. Y hemos de superar, por fin, las lacras y los problemas del paro que hemos sufrido y que en nuestro país, desgraciadamente, hemos sufrido de manera muy particular. Creo, sinceramente, que podemos alcanzar ese objetivo en el curso de la próxima década.

El segundo objetivo debe ser la modernización de nuestros sistemas de bienestar. El modelo social europeo forma parte de nuestra herencia y de nuestro sistema de valores; pero, sin embargo, las circunstancias de la Europa de hoy no son las de la Europa de la postguerra, afortunadamente, y es preciso realizar un esfuerzo de modernización si queremos consolidar y fortalecer nuestro sistema de bienestar. Lo actual, el statu quo actual, no nos sirve. El temor a los cambios y al rechazo a la necesaria adaptación podían llegar a suponer, en medio plazo, un verdadero riesgo para la sostenibilidad del modelo de bienestar europeo.

Debemos avanzar, por lo tanto, de manera concertada y bajo un impulso y correcta orientación europea a la modernización de nuestros sistemas de bienestar. Eso no quiere decir que se deba repetir mecánicamente el proceso de convergencia establecido en Maastricht, ni tiene sentido plantear una armonización de los sistemas de bienestar, todos ellos legitimados históricamente y con modos de funcionamiento muy diversos. Pero sí creo que existe un valor añadido fundamental en el trabajo en común de las instituciones de la Unión Europea, para permitirnos llegar al año 2.010 en una situación financieramente sostenible que dé respuesta a las necesidades nuevas de una sociedad que rápidamente envejece.

El tercer objetivo, por último, es lograr una mayor difusión de las nuevas tecnologías. La extraordinaria expansión de la economía norteamericana en la última década, el liderazgo norteamericano en la última década, no hubiese sido, entre otras cosas, posible sin las ganancias de productividad derivadas de la aplicación a gran escala de las tecnologías de la información y de las telecomunicaciones. Debemos ser muy explícitos y claros a la hora de evaluar la situación actual para así afrontar con riesgo nuestro futuro.

En Europa nos estamos quedando rezagados y no hemos sido capaces de reproducir durante los años 90 los éxitos vividos en el otro lado del Atlántico. Nuestro problema no es la falta de base científica o técnica. Me consta, y mucho, la excelencia de nuestros centros de investigación y de nuestras universidades; nuestro problema es el insuficiente estímulo que hemos dado al espíritu de empresa, que es la verdadera clave del éxito norteamericano.

Son todavía demasiado complejos los trámites para la creación y puesta en marcha de nuevas empresas, que son, en última instancia, la principal creación de riqueza y de desarrollo de nuestros productos y nuestras ideas. Para una empresa joven y para una empresa innovadora la financiación resulta todavía difícil de conseguir, tanto en el sistema bancario como en el sistema de inversores institucionales.

Tampoco hemos sabido aprovechar plenamente el extraordinario potencial emprendedor de sectores básicos, como las mismas telecomunicaciones, el transporte o la energía;

todavía en algunos casos demasiados regulados y con excesivas barreras nacionales. Estos sectores tienen que convertirse, con marcos regulatorios más adecuados, en extraordinarios motores para la innovación y el desarrollo.

Pues bien, de todo esto y de muchas cosas más van a hablar ustedes en esta reunión. Como decía al comienzo, esta reunión es la misma expresión de que la Unión Europea es consciente de este nuevo horizonte que se abre ante todos nosotros y, desde luego, es una reunión que yo me felicito porque se pueda celebrar.

El Consejo, el Parlamento y la Comisión conocen las dos caras de la moneda en este invite de la economía europea en Internet: nuestro retraso en algunos aspectos y la decidida voluntad de superarlo. Estamos dando, en suma, un paso decisivo para precisar y fortalecer la posición competitiva de Europa en la economía de la red.

Lo decía al principio: Europa debe mantenerse fiel a su vieja creatividad. El formidable avance económico de Europa a partir del Renacimiento se debió a la cultura de empresa y a la iniciativa individual, frente a las fuerzas de la tradición y del inmovilismo; se debió al afán de conocimiento y a la voluntad de innovación. Y hay que recordar que otras zonas del mundo superaban entonces a Europa por sus avances técnicos y por la riqueza de sus invenciones; pero fracasaron víctimas de sus temores, de sus inercias y del miedo a los cambios.

Hoy no nos podemos resignar ni aceptar que Europa se quede atrás. Esta Cumbre, celebrada en este momento preciso, es buena prueba de que no estamos dispuestos a hacerlo y de su buen trabajo en este primer encuentro depende, en gran medida, que tengamos éxito.

Espero y estoy seguro de que Europa será capaz de mostrarse, de nuevo, ante el mundo como una gran área de prosperidad y de innovación, que es lo que queremos. Desde luego, quiero decirles que desde España estamos decididos a trabajar con fuerza para que así sea.

Hago esa apuesta hoy, esa apuesta de futuro, con toda determinación y con la mejor esperanza; pero, sobre todo, con plena confianza en las capacidades de la sociedad española para afrontar este reto y tener éxito en la meta.

Muchas gracias y buenos días.